

Habiendo definido esta tarea como una desarticulación de los canales por los que circula la estupidez y, a la vez, como la posibilidad de constituir otras redes más frágiles en su vitalidad, el problema del qué hacer se confunde con la pregunta por cómo hacerlo. ¿Amalgamar una voz colectiva con capacidad para manifestar públicamente sus diagnósticos sobre el presente? ¿Desnaturalizar las ideas de “extensión” y “divulgación” como meros apéndices de lo que ocurre en el núcleo pro-

ductivo de la academia? ¿Multiplicar la intensidad del trabajo de hormiga, o más bien de tábano, en la interpelación de la estupidez? ¿Atravesar las particiones estancas de los campos disciplinarios para potenciar las formas de acción y la comprensión posible de lo que nos sucede? ¿Crear herramientas conceptuales que permitan hacer de la filosofía y su historia un tipo de “útil” para quienes no están familiarizados con ella? ¿Intentar constituirse en consejeros o asesores del Príncipe o, directamente, en protagonistas del pequeño mundo político de la representación?

Si no somos capaces de comprender que no hay una sola forma de comprometerse con nuestro presente político, entonces poco importa lo sagaces que seamos a la hora de desentrañar las lógicas de una política del odio. Si, en cambio, podemos realizar un trabajo sobre nosotros mismos interpelándonos como colectivo, revisando nuestra propia estupidez, entonces y sólo entonces será

posible una honestidad que sea capaz de transformar al otro. No alcanza con ser poseedores de una verdad, si tal cosa fuera posible, ni con intentar algún arte de la persuasión. Hay que saber bucear en la propia vergüenza, una y otra vez, si pretendemos producir algún tipo de interferencia en la certeza que sostiene toda estupidez.

Qué? hacer



Si no somos capaces de comprender que no hay una sola forma de comprometerse con nuestro presente político, entonces poco importa lo sagaces que seamos a la hora de desentrañar las lógicas de una política del odio.

Cuando la vida está en riesgo: hablar en nombre propio (contra la subjetividad troll)

ROQUE FARRÁN

Estoy convencido de que la falta de unidad política ante el neoliberalismo responde también a una falta de unidad epistémica de los saberes, a una falta de entendimiento de la materialidad de las prácticas, y que esas faltas se retroalimentan y de-potencian al conjunto que nos constituye genéricamente. La lógica del mercadeo y la capitalización, de la individualización y totalización homogeneizantes, de la competencia generalizada y la incomprensión mutua que produce incesantemente el neoliberalismo, afecta todos los niveles y prácticas. La dificultad de pensar la unidad en la diversidad, el anudamiento de lo heterogéneo, afecta el cuerpo social e individualmente. Produce malestar, odio, y motiva las peores pasiones. Una de las cuestiones más difíciles de hacer pasar entre los practicantes es que el uso de los saberes, el ejercicio práctico de la filosofía, por caso, no obedece a meras abstracciones, cosmovisiones generales o interpretaciones del mundo; así como el psicoanálisis no es tampoco una práctica solipsista, reducida a una mónada individual desvinculada del resto. En cada práctica, si es materialista y afecta a lo real en juego, hay una circunscripción del caso singular, un enfrentamiento con el padecimiento y el malestar en cuestión, y modos concretos de trabajarlo. Hay que saber leer e intervenir, entonces, en las sobredeterminaciones complejas, en las coyunturas singulares, en lugar de dicotomizar los campos y subestimar o sobrevalorar las prácticas en cuestión.

En este sentido, un punto crucial orienta las prácticas políticas comunicativas: los modos de decir en la escena pública.

Hay mucha gente todavía que, más que insensibilizada, parece hechizada, idiotizada, como si no pudiera hacer las conexiones más elementales. He visto reproducirse esta escena varias veces: se le pregunta a alguien cómo se encuentra, cómo la está pasando, cómo

vive, y casi todos responden invariablemente que mal, que todo está peor, que apenas llega a fin de mes, que el gobierno es un desastre, etc. Y sí, la gente en realidad no es tonta, o al menos no lo es al punto de quedar desconectada de sus vivencias más inmediatas. Sin embargo, se suele inducir a los susodichos a que respondan precipitadamente si votarían a CFK, entonces vuelve a surgir la retahíla de improperios y frases vacuas que tan pacientemente se han encar-

gado de inculcar los medios hegemónicos. Ahí es donde se encuentra la brutal desconexión: entre las vivencias concretas y el lenguaje político disponible; falta la traducción del malestar imperante a una mínima lógica política que lo vuelva inteligible. Fallan las mediaciones, o mejor: los anudamientos.

No creo que, inducidos por esta negatividad absoluta, hubiese que introducir otros nombres improbables para matizar la desconexión, porque la lógica política –sabemos– pasa por otro lado: relaciones de fuerza, representatividad, y efectividades varias; lo que habría que hacer –estrategia comunicativa mediante– es tener mucho cuidado a la hora de precipitar conexiones y decisiones, habría que dejar en suspenso el malestar invocado y reorientarlo más sutilmente hacia las lógicas y modos que hacían –no hace tanto como para olvidarlo– que la

vida no fuese tan miserable, independientemente de nombres y atributos tan cargados de sentidos peyorativos. Cierta ejercicio más psicoanalítico que dialéctico o contra-argumentativo. Un trabajo sobre el lenguaje, sobre los modos, sobre los nombres, que reponga lazos y conexiones indispensables (ya no digo tradiciones o legados sino mínimamente prácticas reflexivas de bienestar); algo así como el despertar de una suerte de inteligencia sensible y colectiva que impida esta lenta “ideación suicida” que parece imponerse sobre nuestros ciudadanos, desesperados entre el malestar actual y el desprecio a toda otra vía posible, a cualquier vida deseable, en función de un odio pacientemente inculcado.

Qué? hacer



Ahí es donde se encuentra la brutal desconexión: entre las vivencias concretas y el lenguaje político disponible; falta la traducción del malestar imperante a una mínima lógica política que lo vuelva inteligible

Recientemente Jorge Alemán, en una entrevista en C5N, volvió a argumentar por la necesidad de un “voto ético” que impida un desenlace fatal, lo que calificó como una suerte de “suicidio colectivo”; y se refirió también allí a la imposibilidad de conectar lo elemental que predomina entre la gente, pero como si fuese un “tabú”. Quizás esa palabra no sea la más adecuada, porque justamente un “tabú” es una prohibición, algo de lo que no se habla, opera por ende la represión y la censura, mientras que la desconexión que trato de pensar aquí no es del orden de lo simbólico en pleno funcionamiento, sino justamente producto de su inoperancia: *allí donde no funciona lo simbólico vienen todas esas frases insensatas y llenas de odio.*

En fin, más acá de esta sutil diferencia que hace al diagnóstico, coincido en la reflexión de Jorge Alemán sobre el final de la entrevista, en relación al panorama desolador que se abre antes de las próximas elecciones, y al papel clave dado a la ética en las decisiones y formaciones políticas necesarias, porque resuena bastante con lo que vengo escribiendo y pensando desde que el macrismo llegó al gobierno (véase *Nodaléctica*); y también con lo que ha formulado Diego Tatián en su último artículo del *Página 12*, “Lo inhabitable”. La vida misma está en riesgo, porque *toda vida es política*, es decir, se trama junto a otras y otros; y si no es así, se vuelve irrespirable, inhabitable, insoportable, cuando lo que predomina es el odio, la desconexión, la estupidez y la desidia. Es necesario entonces hacer resonar estas cuerdas sensibles todas las veces que se pueda, con un pie al borde del abismo que se abre y otro tocando puntos sensibles clave, con sumo cuidado pero asumiendo con paciencia y coraje los modos de decir, pensar y hacer que nos permitan avizorar otras vías, tejer nuevas vidas deseables entre todos.

En este punto la práctica teórica y la filosofía práctica, además del psicoanálisis, cumplen un papel clave para despejar el impasse de nuestra situación actual.

*

En continuidad con la reflexión anterior, quisiera aportar algunos elementos más para pensar la cosa.

Hablar y pensar en nombre propio. Casi desde que tengo uso de la razón vivo resistiendo. Pienso que este modo de existencia al fin va a tener un sentido concreto y palpable. Porque el año que comienza realmente va a ser una prueba de fuego para todos, y hasta van a cobrar sentido material esas frases vacuas de autoayuda que nos han invadido desde hace tiempo: *carpe diem*, aprovecha el día, vive el ahora, *and so on*, *and so*

on. Pero a diferencia de la lógica empresarial neoliberal, que quiere lucrar con ellas para mantener a los esclavos anestesiados en pos de un futuro de bienaventuranza que nunca llega, en este punto a nosotros se nos precipita el final ineluctable: nos tocará vivir el verdadero “*no future*”; y no va a ser punk ni furioso, sino que va a ser en el uso sosegado de los placeres que podamos darnos, hasta el fin. No será pues el “hedonismo depresivo” del que habló Mark Fisher, sino lo que me gustaría llamar el “materialismo del goce”. Por eso propongo cuidar y cultivar todos los espacios y tiempos, por mínimos que sean, donde eso se dé de algún modo. Así, si tuviese que escribir una frase que ayude en un sentido material concreto, sería: *No se la crean, no son mejores que nadie; pero tampoco desesperen, no son peores que nadie. Las escalas de valor están sobrestimadas, dis-*

traen de las cosas; en verdad se hace lo que se puede, todo lo demás es fantasía. ¡Disfruten! No somos teoristas, no somos estructuralistas, no somos científicas, somos materialistas y el rigor –como el goce– nos viene de las cosas mismas, de ningún mandato trascendente e idealista.

Sin embargo, hay un modo de subjetivación que alienta el modelo de producción neoliberal del cual es muy difícil sustraerse y de-potencia las estrategias comunicativas e incluso las posibilidades de unirnos políticamente contra lo peor: la subjetividad troll. Podríamos decir que junto al empresario de sí, vendido como su cara más amable y positivizada, se encuentra la desidia comunicativa y odiosa del troll. La cual afecta

principalmente los modos de decir y tomar la palabra en la tan vapuleada escena pública. En este sentido, pienso que no sólo tenemos que hacer apelaciones generales al despertar común, sino enfocarnos en prácticas específicas; los modos de decir hacen a ello.

¿Cómo hablar con decisión y coraje, siendo claro y riguroso a la vez, pero sin creérsela en absoluto? ¿Es posible salir del círculo bobo del mero prestigio, las escalas de valoración imperantes, y la superioridad infatuada? ¿Acaso importa quién soy al decir? ¿Qué importa en efecto quién habla, si se es conocido o no, si a algunos les caes bien y a otros no? Etcétera. ¿Qué ha sido de todos aquellos esfuerzos hercúleos de descentramiento y destitución del sujeto, realizados por nuestros grandes autores (Althusser, Lacan, Foucault) para que no los idealicemos tampoco a ellos y más bien los usemos como conviene al caso, si los trolls de cualquier posición ideológica persisten en identificar, subestimar o sobrestimar, y aún les damos espacio libre y crédito para su replicación incesante? Si hay alguna figura subjetiva que tenemos que destituir definitivamente para dar lugar a un pensamiento materialista, consecuente y serio de la coyuntura, que nos saque del caos actual y la estulticia neoliberal, esa figura paradigmática es la del troll; el troll al que se inclina espontáneamente todo ser hablante por las condiciones de producción discursiva que dominan: anonimato, impunidad, idiotez generalizada y agresividad pasiva. Hay algo de nuestras inercias discursivas, modos de valoración provincianas y demás limitaciones socio-afectivas que le hacen el juego a la derecha con las dos manos. Hacerse cargo de un decir implica hablar en nombre propio y asumir el riesgo.

La producción de un nombre propio nada tiene que ver con ser reconocido, hacerse fama en un instante, o acumular experiencia en una larga trayectoria de vida; porque el nombre propio responde más bien a un vacío o a una falta circunscrita en el Otro, en un acto precipitado, llámese a este Otro cultura, simbólico o formación social, y nada tiene que ver con atributos o predicados característicos; el nombre propio traza un lazo que se enlaza a sí mismo y se descuenta por esa operación de la red de significantes; encuentra así conexiones por otras partes, imprevistas, ligadas más bien a la letra y al pensamiento. Lacan incluso llegó a formalizar esa opera-

Qué? hacer



En este sentido, pienso que no sólo tenemos que hacer apelaciones generales al despertar común, sino enfocarnos en prácticas específicas; los modos de decir hacen a ello

ción, pero tampoco es necesario atribuirle su invención absoluta y eternizarlo así en la infatuación yoica por la cual se disculpó en su momento, porque en verdad es lo que acontece cada vez que alguien se hace cargo de *un decir que no se olvida tan rápido tras lo que se dice de lo que se oye*, sin esperar retribuciones o capitalizaciones de ningún tipo. Más que la “función autor” de la que habló Foucault, que puede irle acoplada o no, es la constitución de un sí mismo que

prescinde de la hiperinflación narcisista porque ha encontrado la economía libidinal justa a su deseo; es el decir verdadero del parresiasta del que también habló Foucault en sus últimos seminarios: el anudamiento entre lo ético, lo político y lo epistémico en un solo gesto de amor por la verdad.

En definitiva, estoy a favor de una política de los nombres propios que formen constelaciones, es decir, donde se valoren las composiciones, los trazados singulares de relaciones y configuraciones entre varios puntos luminosos y no que estos brillen solos en el firmamento estelar o en el parlamento gubernamental. Está sucediendo una maravillosa convergencia entre varios pla-

nos: político, cultural, ideológico y teórico, a partir de la cual entender la lógica de las constelaciones y el brillo propio de cada punto luminoso en simultáneo resulta clave, antes de hundirnos en la oscuridad total.

Puede parecer un asunto menor, pero los modos de subjetivación y de decir la verdad, de asumir un nombre propio, son clave a la hora de anudar la potencia colectiva a todo nivel. No podemos retroceder en ese punto crucial, porque es por ahí mismo donde se inmiscuye la estrategia de de-potenciación del adversario (condición de posibilidad de implantación de la posverdad generalizada).

Qué? hacer



En definitiva, estoy a favor de una política de los nombres propios que formen constelaciones, es decir, donde se valoren las composiciones

Extrema tensión

DIEGO SZTULWARK

La pregunta *¿qué hacer?* remite, en la tradición leninista, al análisis de la situación concreta y al diseño de un dispositivo de intervención revolucionaria. Volver a plantearla supone caracterizar la situación presente y relevar lo que entendemos aquí y ahora como dispositivos de acción. La peculiaridad de la iniciativa, hecha por una revista de filosofía, invita a enfocar esta cuestión desde las formas singulares de implicación que experimentamos entre teoría y política. Imposible realizar este ejercicio sin partir de la extrema tensión que caracteriza la coyuntura actual como crisis de la democracia en la región sudamericana, sobre todo cuando se considera el proceso venezolano y el brasileño. Bajo esa perspectiva, es necesario enfocar la discusión sobre la conformación de un frente antineoliberal en la Argentina capaz de bloquear la iniciativa del gobierno de Cambiemos. Un frente así, no obstante, sólo tiene sentido si es capaz de poner en práctica una experiencia nueva, superadora en todo sentido de las formas de mediación precarias que caracterizaron a los gobiernos kirchneristas. La enorme movilización social ocurrida durante los años del macrismo, con una rica genealogía que proviene de la crisis de 2001 (y hasta de las luchas contra el terrorismo de Estado), señala las pistas a partir de las cuales conformar un suelo nutricional para una transformación constitucional de fondo, una vez que ha quedado claro que no hay lugar para acuerdos consistentes con las elites, cuya agresividad está a la vista.

* * *

Coyuntura argentina

Si el 2001 reveló la potencia de unas subjetividades de la crisis –mo-